El ensayo español en la Argentina

España en Hispanoamérica

El tema de la influencia que España, sus ideas y su literatura ha ejercido en la cultura argentina, cuenta con obras que han considerado muy bien esta trayectoria. Rafael Alberto Arrieta se ocupó de su desarrollo durante el siglo XIX[1]. Arturo Berenguer Carisomo lo continuó casi hasta nuestros días[2] y Emilia de Zuleta lo desenvolvió en una obra exhaustiva, que particularizó esta influencia a través de las publicaciones periódicas y de los más relevantes acontecimientos de la vida cultural de ambos países. Podríamos afirmar que, después de esta última obra, poco es lo que se puede agregar al tema[3].

Nuestro objetivo, ahora, es ahondar en un aspecto particular de aquella influencia: la que se advierte en la literatura de ideas, más precisamente, en el ensayo. Tanto en España como en nuestro país, la importancia del ensayo, especialmente el contemporáneo, no es inferior al de la literatura de creación —verso y prosa— y en lo que se refiere a nuestro tiempo, el del siglo XX, bastaría mencionar nombres como los de Unamuno, Maeztu, Mallea y Borges, para que se nos imponga el interés del tema.

Hemos hecho un gran esfuerzo para limitar el desarrollo de nuestro asunto, tal es la riqueza de los testimonios sobre España —y tanto cuentan los elogios como las críticas— que los escritores argentinos han acumulado en lo que va del siglo. Como viajeros, en primer lugar, y luego como observadores o estudiosos de España y su cultura.

En este aspecto, la contribución argentina completa el repertorio, también rico y variado, de los escritores de otros países hispanoamericanos, en prueba de la relación que hay entre nuestra América y España, por encima de los ocasionales e inevitables desencuentros que se han producido muchas veces.

[1] *Rafael Alberto Arrieta:* La literatura argentina y sus vínculos con España. *Buenos Aires, Editorial Uruguay, 1957.*

[2] *Arturo Berenguer Carisomo:* España en la Argentina: Ensayo sobre una contribución a la cultura nacional. *Buenos Aires, s.e., 1952.*

[3] *Emilia de Zuleta:* Relaciones literarias entre España y la Argentina. *Madrid, Cultura Hispánica, 1983 y «Las interrelaciones literarias entre la Argentina y España».* Boletín de literatura comparada, *Mendoza, IX-X, 1984-1985, págs. 59-80.*

No adoptaremos dicho enfoque, que es una tarea por realizar y para la cual se han hecho aportes interesantes a cargo de autores hispanoamericanos, como por ejemplo, y para citar un caso, el peruano Estuardo Núñez con su *España vista por viajeros hispanoamericanos*[4]. Por lo tanto, no vamos a ocuparnos ahora de los viajeros y, como parte de un estudio más general de las relaciones intelectuales entre España y América, nos limitaremos sólo al ensayo, es decir, a la expresión literaria de las ideas sin el atuendo de la ciencia. Ensayos, por otra parte, escritos por autores que no sólo han sido ensayistas de un modo principal, sino también poetas, novelistas, críticos literarios, filósofos o periodistas que han unido las ideas y la literatura mediante el género del ensayo.

No pretendemos, tampoco, hacer una clasificación estricta de los ensayistas, ni mucho menos definir los fluctuantes y opinables límites del género. Sólo nos ha interesado lo que han pensado ciertos argentinos, luego de conocer y leer la obra ensayística de los españoles de nuestro tiempo. Creemos, finalmente, que establecer, aunque fuera en su generalidad, la índole del impacto español en el desarrollo del pensamiento argentino es una tarea del máximo interés para la historia de las ideas y la cultura argentina e hispanoamericana.

Pero no sólo hemos considerado una parcela o capítulo de las relaciones intelectuales; también nos hemos reducido a un grupo de estos ensayistas y dejado de lado a muchísimos otros que completan el panorama, sin duda, pero a los cuales no podemos ahora tratar en razón de los límites de nuestro trabajo.

El modernismo: Manuel Ugarte

En toda la América hispánica, la derrota de España en la guerra contra los Estados Unidos y el surgimiento de un espíritu de regeneración para superar la decadencia nacional despertó viejos sentimientos de fraternidad y detuvo el anti-hispanismo que había primado en el siglo XIX a impulsos de la admiración excesiva por Francia e Inglaterra. El viaje a España de Rubén Darío es, como se sabe, un símbolo de esta aproximación y los escritores argentinos que surgían en el clima del modernismo —con excepción de Leopoldo Lugones— pronto volvieron la vista al ejemplo de la literatura española y, en particular, del ensayo, que servía de instrumento expresivo a la revolución ideológica española.

Ignacio Zuleta, en la obra que dedicó al estudio del modernismo, estableció con claridad la índole de la relación que este movimiento anudó entre España y América.

> ...El modernismo fue un vínculo que amalgamó en lo histórico y político voluntades inicialmente acordes en el plano estético. Por otro lado, este encuentro del modernismo ultramarino con la Península fue el punto de partida de un proceso de unificación hispánica, tampoco bajo el signo exclusivo de lo estético, que a lo largo del siglo XX no ha cesado y en el cual las consecuencias de la mutua implicación de las historias nacionales no han dejado de verificarse.[5]

[4] *Estuardo Núñez*, España vista por viajeros hispanoamericanos. *Madrid, Cultura Hispánica, 1985.*

[5] *Ignacio Zuleta*, La polémica modernista: El modernismo de mar a mar (1898-1907). *Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1988, pág. 35.*

Señala Zuleta que la integración hispanoamericana alcanzó un «estado de conformidad en todas las conciencias ilustradas». Se comprende, pues, que un argentino como el poeta, ensayista y político Manuel Ugarte, que hacia finales del siglo XIX se había ido a vivir a París, en el marco del movimiento definido bajo la guía de Darío, cediera en su entusiasmo por Francia y, en octubre de 1902, viajara a España.

Ugarte, como algunos miembros de la llamada «generación del 1900» —integrada, entre otros, por Lugones y José Ingenieros—, era modernista en literatura y socialista en política; rechazaba de España lo que consideraba conservador y opuesto al progreso, pero se entusiasmó porque en ese país, que vivía «su hora de pesadumbre», se advertía el comienzo de una renovación literaria y política. Unamuno era su paradigma, pero también lo sorprendieron la modernidad y el espíritu de apertura de figuras como Galdós, Adolfo Posada, Rafael Altamira, Blasco Ibáñez, Juan Ramón Jiménez, Gregorio Martínez Sierra, Antonio y Manuel Machado, Ramiro de Maeztu y Ramón Pérez de Ayala. Ugarte, sin embargo, pensaba que esta renovación debía mucho a la influencia francesa, que él estimaba sobremanera.

En Ugarte, la preocupación socialista teñía sus opiniones sobre todo lo español y a pesar del reconocimiento de las actitudes progresistas que advirtió en las personalidades mayores, su interés estaba en la juventud, cuyas fuerzas para transformar el porvenir lo entusiasmaban.

En realidad, su relación con España fue crítica, sin mengua del afecto que siempre le manifestó, como cuando, en la primera juventud, asumió su defensa en la guerra contra los Estados Unidos. Además, el ataque al llamado «imperialismo yanqui» fue uno de los temas centrales de su vida política e intelectual y, en esa lucha, en la cual se habían formado los pueblos hispanoamericanos, era la única valla contra la infiltración anglosajona, que amenazaba con desvirtuar el carácter de aquéllos. Su definición era rotunda:

> Para mí, como para todos los sudamericanos de origen español, España es una segunda patria. España es algo *mío*, que quiero y defiendo como si hubiera nacido en la Península.[6]

Como español de estirpe, precisamente, se sentía autorizado a criticar los defectos de la vida social y cultural de España, que, por otra parte, eran casi los mismos de Hispanoamérica. La crítica era un rasgo típico del carácter hispánico y lo probaban la tradición intelectual y los múltiples testimonios que, en el mismo sentido —en verdad, con mayor acritud y severidad— ofrecían las figuras más significativas de España.

Las ideas liberales y socialistas que comenzaban a cundir en España coincidían con la posición de Ugarte, pero su campaña, cada vez más vigorosa, en favor de la unidad hispanoamericana y en contra de las dictaduras que favorecían la penetración imperialista, era primordialmente un problema americano y no español y las simpatías que se le otorgaban, insuficientes.

[6] *Manuel Ugarte, «España y los sudamericanos». En su:* El arte y la democracia. *Valencia, Sempere, s.a., pág. 145.*

En España, los esfuerzos intelectuales realizados por Menéndez Pelayo y Juan Valera y, más tarde, por Rafael Altamira y Adolfo Posada, en favor de una política internacional hacia Hispanoamérica, no lograban resultados prácticos. Mucho menos si ese hispanoamericanismo militante se teñía de socialismo, como en Ugarte. Tampoco entre los países hispanoamericanos existía esa solidaridad que él reclamaba, inútilmente, en España.

Ugarte opinaba que la vida intelectual española, con todos sus méritos, no había logrado el nivel superior que se esperaba, después de la reacción posterior al Desastre del 98. Sin embargo, había un movimiento poderoso para ampliar las bases sociales y populares de la actividad intelectual, y su entusiasmo por un Salvador Rueda, por ejemplo, se debía a las notas democráticas de su poesía.

Lector de los ensayistas españoles —Unamuno, Maeztu, Mariano de Cavia, Manuel Bueno, Gómez de Baquero—, Ugarte reflejó en sus escritos la voluntad transformadora, renovadora que éstos proponían, sobre todo a través de una prensa remozada. Además, volvió otras veces a España y participó de su vida intelectual. En Madrid se sintió como en su casa, con el regusto de la memoria de sus antepasados, y cuando la lucha por la unidad de Hispanoamérica contra el «imperialismo yanqui» lo llevó a recorrer y polemizar en las más diversas tribus americanas, su mensaje estuvo despojado de todo indigenismo o panamericanismo, porque su concepto de Hispanoamérica, que se basa, como dijimos, en la aceptación plena de la herencia hispánica, transformada y diversificada por la originalidad americana, nunca contradice sino que completa y amplía aquella tradición.

Este singular concepto integrador se reflejó en infinitos aspectos de su variada obra ensayística y lo redondeó en el libro de memorias, escrito casi al final de su vida:

> ...llevo a España en la emoción de todas las horas y todos los pensamientos. Hasta añadiría que, más que la quiero, la siento. Porque el querer puede ser fruto de la atracción momentánea, hasta del espejismo o la costumbre. Otra cosa es sentir, es decir, compenetrarse, contener una cosa como parte integrante, de la cual no podríamos, aun queriéndolo, desprendernos.[7]

Ricardo Rojas

Otro escritor argentino, cuya obra, en especial la ensayística, es coetánea con la de Ugarte y los modernistas, fue Ricardo Rojas, miembro de la llamada «generación del Centenario».

Preocupado por los peligros de una desnaturalización del espíritu nacional, a causa del cosmopolitismo de Buenos Aires y de la transformación social provocada por las masas de inmigrantes, Rojas buscó en la experiencia de la crisis española las ideas que reanimaran la raíz hispánica de la Argentina, cuya fusión con lo indígena pensaba que definía a nuestro país.

[7] *Manuel Ugarte*, La dramática intimidad de una generación. *Madrid, Prensa Española, 1951, pág. 43.*

Del mismo modo como el interés por el polemista político, socialista y anti-imperialista, ha hecho descuidar el hispanismo de Ugarte, en Ricardo Rojas, su imagen de entusiasta de los elementos aborígenes, folklóricos y regionales, ha desdibujado la importancia de su hispanismo, es decir, de la configuración de su pensamiento por la influencia de las ideas hispánicas. Con excepciones como las de Alfredo de la Guardia o Payá y Cárdenas, quienes en sus estudios respectivos valorizan esta faceta del pensamiento de Rojas.

En efecto, Rojas, cuya conciencia lingüística y su vocación de escritor lo hicieron sensible al hecho capital de la lengua castellana, elaboró una teoría de la «argentinidad», como él decía, que se basaba en la tradición hispánica, de cuya fraternidad —nacida al calor del modernismo— participó cuando viajó a España en 1907 y descubrió su realidad humana, cultural y literaria.

El nacionalismo político y cultural, que se había difundido, en Europa, gracias al romanticismo y que favoreció la formación de las grandes nacionalidades modernas, en España tuvo una inflexión especial. Se revaloró el casticismo y se interpretaron los rasgos del carácter nacional en el marco de una crítica dura y amarga de los males —el atraso, la ignorancia, el cerrilismo xenófobo, el caciquismo— que habían llevado a España al fracaso como país.

A través del ensayo español —Joaquín Costa, Unamuno, Maeztu—, estas ideas se proyectaron a Hispanoamérica y en la Argentina fueron recibidas por quienes, como Ricardo Rojas, habían planteado una reivindicación de lo nacional que, si bien tenía raíces diferentes, coincidía con ese nuevo patriotismo, fincado en la valoración de la tierra, las costumbres y el arte propios. Era un nacionalismo empapado del universalismo liberal, si cabe esta paradoja, pero lo suficientemente vigoroso como para que los argentinos más sensibles a los mencionados peligros del cosmopolitismo y de la pérdida del carácter nacional recibieran, y aceptaran este nuevo ensayismo español.

En un texto publicado en 1908 afirmaba Rojas:

> La República Argentina va en camino de perder su carácter nacional, y si de la fusión de tantos elementos extraños como los que han cambiado su sangre y su alma no resulta un tipo nuevo, tan característico y poderoso como el antiguo, podremos caer en la triste ralea de los pueblos híbridos y conquistables. Necesitamos, en una palabra, salvar el núcleo nacional para afirmar nuestra unidad histórica en el tiempo y definir nuestra fisonomía de nación en el espacio.[8]

1908 fue el año en que Rojas residió en España, en el curso de un viaje mayor por Europa. Habían pasado diez años desde la derrota de 1898 y se había clarificado el proceso de autocrítica nacional a que nos hemos referido. Comenzaría un período de conflictos políticos, pero España ofrecía un enorme interés desde el punto de vista intelectual: vivían las grandes personalidades del siglo XIX y se desplegaba el vigor juvenil de las nuevas promociones con las ideas ya esbozadas.

Rojas venía leyendo a los autores españoles de ese tiempo y lo prueba el libro que publicó en la famosa editorial Sempere, en 1907: *El alma española; Ensayo sobre la*

[8] *Ricardo Rojas,* Cosmópolis. *París, Garnier 1908, pág. 36.*

moderna literatura castellana, con estudios sobre Blasco Ibáñez, Pompeyo Gener, Pérez Galdós, Baroja, Echegaray y Salvador Rueda. Obra que lo precedió a su llegada a España, donde hizo una experiencia decisiva en su formación y en su pensamiento. A su regreso, dedicó a las letras españolas una larga carrera universitaria, numerosas investigaciones, todo un libro consagrado a *Cervantes* en 1935 y, finalmente, *Retablo español* (1938), que contiene muchos de los ensayos escritos con motivo de aquel viaje, con reflexiones sobre la vida, la cultura y las letras españolas, expuestas con una originalidad y una profundidad que les aseguran vigencia permanente. A esta obra debemos referirnos para captar los rasgos principales de la influencia que el ensayo español tuvo en su pensamiento.

Rojas, en su viaje a España se autotituló «peregrino indiano»; se consideraba un «español de América», como nos llamamos en los tiempos de la grandeza imperial y pensaba que volvía al hogar de donde faltaba desde hacía siglos sin que hubiera perdido el hondo sentido de la estirpe compartida. Como precisaba emocionado, al explicar los motivos de su viaje: «Habíame llevado una necesidad de conocimiento y una apetencia de amor»[9].

Rojas, pues, ya había leído a estos autores que reclamaban un conocimiento profundo del país, la comprensión de su realidad social y cultural, la reforma del egoísmo materialista y la afirmación de un ideal espiritual. Obras como *Los males de la patria y la futura revolución* (1890), de Lucas Mallada, *Idearium español* (1897), de Angel Ganivet, *El problema nacional* (1895), de Ricardo Macías Picavea, *Oligarquía y caciquismo* (1902), de Joaquín Costa o los famosos ensayos de Unamuno, que colaboraba en *La Nación* de Buenos Aires desde 1900 y que publicó, en 1902, *En torno al casticismo y Paisajes,* le eran familiares. También asimiló la obra y las ideas de Menéndez Pelayo, quien había troquelado los estudios hispánicos con métodos de investigación rigurosa y, sobre todo, con el planteamiento de una historia de la literatura engarzada en un proceso filosófico general, a través del cual se definía una personalidad nacional.

Su residencia española confirmó las esperanzas con que había viajado hacia el corazón de esa realidad hispánica, de la cual formaba parte entrañable. Además, al sumergirse en su pueblo, había advertido las posibilidades que ofrecía al progreso social el ascenso de una conciencia política, definida en formas diferentes pero complementarias, en hombres como Francisco Giner de los Ríos o Pablo Iglesias. Era «la modulación incipiente de un nuevo ritmo vital mental»[10].

Aventó, definitivamente, el anti-hispanismo divulgado desde el siglo XIX por los prejuicios y la ignorancia de figuras que Rojas no titubeó en condenar, por más que las admirara en otros aspectos de su pensamiento: desde Echeverría y Gutiérrez hasta Sarmiento y Alberdi. Descubrió los antecedentes hispánicos que durante tres siglos engendraron la Argentina y comprendió que

> Un europeísmo superficial, un concepto equivocado de la civilización, una idea más equivocada aún de nuestra propia raza y su destino habían deformado durante medio siglo la educación, la política y hasta el arte en nuestros pueblos. «...» España es

[9] *Ricardo Rojas,* Retablo español. *Buenos Aires, Losada, 1938, pág. 207.*

[10] Ibídem., *pág. 72.*

parte y clave de América, en virtud de hechos históricos que no podemos suprimir; y América es la mejor atalaya para ver a España en su patética evolución.[11]

La idea de que hay una historia profunda que transcurre soterradamente bajo las formas políticas y que, a veces, se encuentran y otras chocan con la índole auténtica de un pueblo, es recogida por Rojas de los ensyos de Ganivet y Unamuno, lo mismo que el ejemplo de Galdós reconstruyendo la historia de España a través de la literatura. La crítica de la clase dirigente —la oligarquía—, que desnaturaliza su país y desoye los anhelos populares, era otro de los mensajes de aquella España nueva y la lección de poetas y novelistas se completaban con el ejemplo de un Menéndez Pidal, que lo invitaba a acompañarlo en el rescate de las formas olvidadas del folklore hispanoamericano, aspecto que también importará mucho para la trayectoria de Rojas.

A su regreso de España, Rojas se consagró al ideario hispánico, adaptado a las condiciones de la realidad argentina, sin que por ello se desfigurara en lo esencial. Sus estudios históricos reivindicaron la importancia de las regiones provincianas y el valor del mestizaje cultural hispanoamericano y argentino. En sus clases, investigaciones y trabajos literarios se ocupó de las letras españolas y de apoyar la comprensión de la originalidad argentina en el conocimiento de toda la literatura española, del mismo modo como defendió la unidad y la propiedad del castellano, que nos hacía miembros de la familia de Cervantes y Quevedo y era el único camino hacia la universalidad. Hasta el atuendo retórico de su mensaje, en el cual la vibración lírica se une a la pasión del discurso político, tienen los mismos acentos de los ensayos de Maeztu o Unamuno, orientadores principales del movimiento ideológico hispánico. La historia de la literatura argentina que escribió se subtitula, a la manera de Menéndez Pelayo, «Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata» y *La restauración nacionalista* (1909), utiliza el mismo concepto difundido por Ganivet y muchos ensayistas del regeneracionismo español, como señalan con acierto Payá y Cárdenas, quienes otorgan toda su importancia a este aspecto de la personalidad de Rojas.

Este hispanismo fue una constante, y *Retablo español*, que resume la totalidad de este pensamiento, apareció, como dijimos, en 1938, en el momento de su alta madurez, como signo de una filiación decisiva.

Manuel Gálvez

La otra figura de la misma «generación del Centenario» fue la del novelista y ensayista Manuel Gálvez, a quien colocan Payá y Cárdenas como compartiendo la misma experiencia y revalorización de lo hispánico:

Uno de los elementos que caracterizó a Gálvez, Rojas y sus amigos del mundo de las letras fue su revalorización de la trascendencia que tienen España y su cultura en la vida y en el pensamiento americanos.[12]

[11] Ibídem., *pág. 341.*

[12] *Eduardo José Cárdenas-Carlos Manuel Payá,* El primer nacionalismo argentino: Manuel Gálvez y Ricardo Rojas. *Buenos Aires, Peña Lillo, 1978, pág. 66.*

Apenas recibido de abogado, joven y promisor escritor, Gálvez viajó a España en 1905 y, como Rojas, ya estaba empapado del nuevo ensayismo español. Profesaba cierto anarquismo juvenil y la fugacidad del viaje sólo le dejó algunas impresiones plásticas y sentimentales. Muy distinto fue su segundo viaje, en 1910, del cual regresó conmovido por una España que le revelaba tanto su filiación espiritual —había vuelto al catolicismo en 1907—, como su compenetración con las ideas y la realidad cultural y humana de España. De esta experiencia salió *El solar de la raza* (1913) y años más tarde, *España y algunos españoles* (1943), colección de textos publicados e inéditos sobre temas y escritores españoles. Pero Gálvez fue autor de una inmensa obra literaria, cultivó todos los géneros y frecuentó largamente los diarios y las revistas de la Argentina y Europa. Si pensamos que la comprensión y la valoración de lo hispánico fue uno de los ejes de su personalidad, comprenderemos que sería muy larga la mención de los lugares de dicha obra donde encontramos estas referencias. Sobre todo, porque a partir de cierta época se inclinó, decididamente, en favor de un nacionalismo cultural en el cual lo hispánico era un dato central. Algunos de sus ensayos, como «La filosofía de Unamuno» (1928) o las páginas dedicadas a Galdós —su gran ejemplo novelístico, junto a Pío Baroja—, conservan toda su vigencia y sus críticas a las observaciones de Ortega y Gasset sobre los argentinos, por ejemplo, muestran la amplitud de su información sobre el ensayo español, siempre con la libertad y la independencia que caracterizaron su personalidad.

Gálvez reivindicaba siempre su originalidad o mejor dicho, la prioridad con que planteaba los temas. Pero en lo que se refiere a sus ensayos sobre temas sociales, culturales y políticos, que constituyen un importante sector de su obra, junto a sus biografías, novelas y libros de recuerdos, no hay duda de que es deudor del ideario hispánico de su tiempo. Más aún, lo es con mayor amplitud que el mismo Rojas, pues como no aceptaba ninguna de las condenas aplicadas a los escritores llamados «reaccionarios», pudo tratar libremente de todos los autores y todas las ideas. Dejemos al margen, ahora, su formidable obra narrativa y vayamos a la influencia del ensayo español sobre otros aspectos de su pensamiento. La idea de que la Argentina debía recobrar su autenticidad aceptando el legado lingüístico y cultural español, el rescate de los valores del paisaje, la humanidad y la peculiaridad de regiones olvidadas, como lo había hecho «Azorín», la necesidad de restaurar un espiritualismo que superara el egoísmo y el materialismo de las clases dirigentes, la defensa, en fin, de la unidad hispanoamericana en torno a los valores de la lengua, la historia y los ideales tradicionales, no se podrían haber concebido fuera de la lección de un Maeztu, por ejemplo, pero el de la *Defensa de la hispanidad.*

Ortega y Gasset

La influencia del ensayismo español también se advierte en múltiples aspectos de la obra de Enrique Larreta, Arturo Capdevila, Carlos Ibarguren, Martín S. Noel y

otros, que viajaron por España y acogieron con entusiasmo muchas de las ideas que exponemos. Pero ahora nos detendremos en otro de los capítulos de esta historia.

Nos referimos a José Ortega y Gasset, acerca de cuya importancia, en el desarrollo de la filosofía, el pensamiento y en lo que podríamos llamar la imagen de la Argentina —sobre todo para nosotros mismos— se ha dicho mucho que no cabe reiterar aquí. Sin embargo, su mención es imprescindible en el desarrollo de nuestro tema.

A Ortega y Gasset se lo leyó desde el primer momento en que apareció en la escena española y fue un integrante de nuestro mundo intelectual, sobre todo a partir de la edición de la *Revista de Occidente*, de sus viajes a la Argentina (1916, 1928 y 1939/1942) y de la difusión de toda su obra. Como muy bien se ha estudiado, sus ideas contribuyeron a la superación del dogmatismo positivista y a la apertura a un amplísimo panorama de la nueva filosofía europea, sobre todo alemana. Pero, además, había un método orteguiano, cuyo vehículo, el ensayo, permitía el libre acceso de una gran masa de lectores que, en su mayoría y con la excepción de la minoría de escritores celosos de la peculiaridad porteña que no se quería rendir al influjo orteguiano, pronto aceptó sus puntos de vista e incorporó a Ortega como un argentino más. Su presencia ha durado hasta el día de hoy.

Ortega, en sus tres viajes, mereció acogidas distintas y no nos referimos al eco público de sus visitas, sino a la estela que dejaban sus ideas entre pensadores y escritores del más variado género. No es que se produjera una adhesión completa a sus ideas —ni él tenía un sistema que lo exigiera— más bien diríamos que su propuesta de apertura a un horizonte filosófico nuevo, que en la Argentina ya estaba en el programa de un Alejandro Korn o de un Coriolano Alberini, confirmó expectativas y alentó a desarrollos innovadores.

Una figura central de la filosofía, sobre todo a partir de la década de 1930, la de Francisco Romero, quien denominó a Ortega y Gasset, «jefe espiritual» del pensamiento hispánico, nos basta como referencia del prestigio que había alcanzado en nuestro medio, para no internarnos en la estimación de lo que deben a las ideas de Ortega, el historicismo y el perspectivismo que cundieron desde entonces, es verdad que también como resultado de la obra de filósofos como Dilthey, Scheler y otros que Ortega hizo traducir y difundir en lengua castellana.

Ortega es el telón de fondo contra el cual se recortan las figuras de los más significativos protagonistas de la vida intelectual argentina. A favor, como el mencionado Romero o furibundamente en contra, como muchos a quienes chocaban las formas y el estilo de Ortega.

Rechazos y aceptaciones

Porque, del mismo modo como se había producido la revalorización de lo hispánico que señalamos en los autores antes mencionados, tampoco había desaparecido el anti-

hispanismo, aunque a partir de la década de 1920 apareciera con otro atuendo: el universalismo del llamado «vanguardismo», a través del cual recobraba fuerzas el prestigio mítico de París, ahora surrealista y cubista.

En efecto, el movimiento literario que tuvo como eje la revista *Martín Fierro*, en el cual figuraban Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Eduardo González Lanuza, Córdova Iturburu, y muchos otros, mantuvo, en 1927, una polémica con los de *La Gaceta Literaria*, de Madrid. Se trataba de saber por dónde pasaba un supuesto meridiano de las literaturas hispánicas. Ante la propuesta española de que fuera Madrid, los escritores argentinos contestaron con una serie de agresiones —la mayoría de ellas sandeces e insolencias—, infantiles, que denunciaban un sentimiento antihispánico, mientras que se ensalzaba la importancia de Francia, origen de los movimientos estéticos vanguardistas, entre los cuales aspiraban a militar los argentinos de dicha revista.

En los círculos universitarios, por el contrario, el prestigio del ensayismo literario crecía, a medida que se conocía la obra de quienes trabajaban en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, bajo la dirección de Menéndez Pidal. Poetas, historiadores y filólogos como Américo Castro, Federico de Onís, Antonio G. Solalinde, Pedro Salinas, José Fernández Montesinos y muchos más, escribían, al margen y sobre la base del caudal de sus investigaciones, ensayos sobre la lengua y la literatura que se recibían de Hispanoamérica como una de las formas más avanzadas e incitantes de la actividad literaria.

Américo Castro —que, además, llevaba a cabo en España una campaña intensa en favor de un intercambio cultural con América— escribía regularmente ensayos renovadores de los estudios históricos y literarios. Libros como *El pensamiento de Cervantes* (1925), de Américo Castro, por ejemplo, remozaron las reflexiones literarias argentinas, donde el profesor y poeta riojano, Arturo Marasso, escribió sobre Cervantes, Góngora y Darío, con la misma preocupación analítica de los ensayos españoles.

Eugenio D'Ors visitó la Argentina en 1921 y sus ideas fecundaron lo que se llamó el «movimiento Novecentista», de escritores y filósofos pero, además, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Azorín, José M. Salaverría, Benjamín Jarnés, Antonio Marichalar, Fernando Vela, Ricardo Baeza, Melchor Fernández Almagro y Salvador de Madariaga aparecían en las páginas de los más importantes diarios argentinos, y su obra ensayística contribuía a la creación y maduración de una vastísima opinión culta de lectores.

Para no hablar de las numerosas revistas que los acogían, regularmente, desde principios de siglo: *Nosotros*, *Síntesis*, *Criterio* y muchas más. Pero este aspecto de las relaciones intelectuales entre España y la Argentina ya ha sido estudiado por Emilia de Zuleta y nada cabe agregar a esta exposición. Sin embargo, cabe señalar que la presencia del ensayo español en la Argentina, en las décadas de 1910 a 1930, no se agotaba en los nombres de los literatos. Había un ensayo político, con Manuel Azaña, Luis Araquistáin, Julio Alvarez del Vayo o Julián Besteiro, que también colaboraban en las mencionadas revistas y diarios, y, sobre todo, lo hacían en publicaciones políti-

cas de izquierda, como la revista *Claridad*, donde se seguía la marcha, cada vez más definida, de la agitación socialista y de izquierda en España.

También se debe señalar el ensayo científico, pues si un Ramón y Cajal influía en círculos más amplios que los de la medicina, había matemáticos como Julio Rey Pastor o Francisco Vera, historiadores como Claudio Sánchez Albornoz, Rafael Altamira, Antonio Gallego Burín, Antonio Ballesteros-Beretta, musicólogos como Adolfo Salazar y críticos de artes plásticas como Juan de la Encina. Se trataba, en casi todos los casos, de escritores de obra sistemática y documentada, pero que, de acuerdo con una arraigada tradición española, frecuentaban asiduamente el género ensayístico, el cual, volcado en diarios y revistas, hacía conocer su pensamiento a vastas mayorías de lectores hispanoamericanos.

Ideas y literatura

Cuando se iniciaba la década de 1930, el prestigioso del pensamiento español era muy grande entre los argentinos, si dejamos de lado el barullero y díscolo sector de escritores vanguardistas. Las ideas de Ortega, sobre todo después de que se conocieron sus reflexiones sobre la Argentina, lograron una difusión extraordinaria más allá del marco de los filósofos.

En la crítica literaria, la influencia de Guillermo de Torre, viajero primero a la Argentina e instalado definitivamente entre nosotros a partir de 1937, fue decisiva. Su presencia en el medio cultural argentino permitió el trasvase de ideas entre España y la Argentina y gracias a su obra, lo que él llamaba «el puente», entre ambas orillas del Atlántico, jamás se interrumpió. Todo lo que se escriba y diga en mérito de esta labor, será siempre inferior a la realidad de su presencia. Por otra parte, también este tema ha sido trabajado por Emilia de Zuleta y a su obra nos remitimos.

El viaje a España continuó como rito literario y un crítico como Luis Emilio Soto, que reunió muchos de los artículos publicados por esos años, en su libro *Crítica y estimación* (1938), admitía la influencia de los ensayos críticos españoles, desde Menéndez Pelayo a Dámaso Alonso y, sobre todo, el magisterio nunca opacado de Unamuno y Ortega.

Ensayistas literarios como Alvaro Melián Lafinur, Rafael Alberto Arrieta, Roberto F. Giusti, José A. Oría y José María Monner Sans, en grados diferentes, se mantenían al mismo nivel de los temas y enfoques del ensayo hispánico. Las letras españolas eran objeto constante de su enseñanza –cuando eran profesores– y escribieron ensayos de interés notable sobre el particular.

Filósofos e historiadores como Aníbal Sánchez Reulet y José Luis Romero acreditaban en su obra la frecuentación asidua del ensayismo español de ese tiempo. No de una manera servil o ingenua, como solía reprocharse a quienes admiraban a Ortega o Unamuno, sino como incitación a un pensamiento propio.

Maeztu

Pero en años finales de la década del 20, se abrió el capítulo de la relación entre las ideas de Ramiro de Maeztu —a quien España envió como embajador a Buenos Aires en 1928— y el grupo de jóvenes que adoptaron el ideario político del nacionalismo de derecha, uno de cuyos núcleos centrales fue el tradicionalismo español.

De la misma manera como el liberalismo y la izquierda se hacían eco del movimiento ideológico de ese signo que se desarrollaba en España, un grupo nutrido de argentinos que profesaban el catolicismo y que, en cultura, letras y política adherían a todo lo que representaba España en ese aspecto, asumieron una tarea intelectual y política que respondía a esta orientación.

En nuestro libro *El nacionalismo argentino* (1975), nos hemos referido con la amplitud y la documentación debida, a lo que significó este movimiento. No vamos a repetir lo que allí dijimos, pero debemos de mencionar que, cuando se inició la publicación del semanario *La Nueva República* (1927), bajo la dirección de los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, con la colaboración principal de Ernesto Palacio, Tomás Casares, César Pico, Lisardo Zía y otros, el magisterio tradicional español, desde Balmes, Donoso y Menéndez Pelayo hasta Eugenio D'Ors y Ramiro de Maeztu, fue la principal inspiración intelectual. También lo hará, en esa misma época, la ya mencionada revista *Criterio,* aunque con el acento puesto en lo religioso y cultural.

Se produjo, entonces, un singular ejemplo de interinfluencias. Cuando Maeztu aceptó venir como embajador de España a la Argentina, por disposición del dictador general Primo de Rivera y desafió la condena de los liberales españoles, definió su cambio ideológico hacia la derecha tradicionalista. Pero fue en Buenos Aires y en la relación con los jóvenes nacionalistas, donde perfiló su nuevo pensamiento, hasta llegar a acuñar el concepto de hispanidad que cierra el proceso de su evolución. Los argentinos, por su parte, aunque conocieran a los pensadores españoles, tuvieron en la presencia de Maeztu el ejemplo vivo del magisterio que buscaban y también, de ese modo, fortalecieron sus convicciones intelectuales y políticas.

De la política a *Sur*

Después de 1930 y a medida que la crisis ideológica se hacía sentir en la Argentina con caracteres análogos a los de otros países, la influencia del ensayismo español se fue bifurcando, si cabe la expresión. A partir de la instauración de la república en España, en 1931, la vida intelectual se inclinó violentamente a la política, la cual terminó por teñir la cultura con los colores extremos de la derecha y la izquierda. En la Argentina, este conflicto se advirtió en la polarización de los intelectuales y quienes estaban más próximos a España y, además, asumían posiciones ideológicas

congruentes, pusieron de manifiesto este cambio, con muy poco margen para neutrales o prescindentes.

Pero, en un intermedio intelectual, y como una de las formas en que el magisterio español se afirmó en la Argentina, hay que mencionar la presencia del filólogo y crítico literario Amado Alonso, fundador y director del Instituto de Filología de la universidad de Buenos Aires. Desde allí y en compañía de un dominicano ilustre, Pedro Henríquez Ureña, transformó los estudios literarios hispánicos, con investigaciones, obras y un magisterio del cual hasta hoy se ha beneficiado nuestro país.

También por esos mismos años, se produjo en Buenos Aires otro acontecimiento cultural relacionado con España: la fundación de la revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo, amiga de Ortega y Gasset, bajo cuya inspiración se inició una de las mejores empresas culturales de la Argentina, en compañía de nombres como los de Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, Guillermo de Torre y otros. La relación de Victoria Ocampo y *Sur* con Ortega y las letras y las ideas de España, ha sido estudiada en el ya mencionado libro de Emilia de Zuleta y no vamos a reiterar lo que ya es conocido. Solamente queremos subrayar que, sin las ideas centrales del ensayismo orteguiano y del ejemplo que daba el movimiento intelectual español de esa hora, *Sur* no hubiera sido lo que fue, ni tampoco se hubiera producido, en la cultura argentina, la transformación que dicha revista llevó a cabo.

Como ha señalado Emilia de Zuleta, los ensayos de Miguel de Unamuno mantuvieron una influencia permanente en el pensamiento hispanoamericano, aun cuando cambiaran los matices o facetas del mismo que interesaban en las diversas etapas de su proyección en el mundo hispánico. Un ejemplo de esta presencia la tenemos en uno de los ensayistas que integraron el grupo de *Sur*, Carlos Alberto Erro.

Filósofo por vocación —aunque no se dedicara con exclusividad a esta tarea—, Erro comenzó como crítico de Rojas y de su definición de la Argentina. Su primer libro, *Medida del criollismo* (1929) ahondó en el análisis del carácter nacional, dentro de la tradición del ensayismo español, aunque sobre la base de autores, libros y hechos relativos a nuestra singularidad. Declaraba la deuda con Ortega y en otro libro posterior, *Diálogo existencial* (1937), afirmó que los ensayos de Unamuno lo arrancaron del positivismo:

> ...quiero decir aquí cuánto le debo a D. Miguel de Unamuno. Probablemente ningún otro escritor argentino de mi generación le debe tanto como yo.[13]

Uno de los primeros estudiosos de Heidegger y del existencialismo entre nosotros, Erro, afirmaba que una de las características de la generación posterior a 1900, era el surgimiento de una conciencia ética y aún religiosa, que reclamaba organizar el país sobre bases de progreso y justicia, acordes con los tiempos que se vivían.

Su libro *Tiempo lacerado* (1936) estaba encuadrado en una Argentina que había recibido las críticas de Ortega, Waldo Frank y Hermann Keyserling. Habían aparecido análisis severos de nuestra realidad humana y social, como *El hombre que está solo*

[13] *Carlos Alberto Erro*, Diálogo existencial. *Buenos Aires, Sur, 1937, pág. 180.*

y espera (1931), de Raúl Scalabrini Ortiz, *Radiografía de la pampa* (1933) y *La cabeza de Goliath* (1940), de Ezequiel Martínez Estrada, y Eduardo Mallea, el gran novelista vinculado estrechamente al grupo de *Sur*, dio a conocer *Historia de una pasión argentina* (1937). Sin duda, la relación de estos autores con el ensayo español es muy diferente y en el caso de Martínez Estrada, su desdén por todo lo hispánico es notorio, pero queremos señalar la preocupación dramática por los análisis de la realidad nacional, la voluntad de una restauración de los valores espirituales como la única vía superadora de la crisis. Pensamos que este planteo, luego del cual se abrían las posibilidades concretas de la economía y la cultura, estaba fundado en el ejemplo hispánico de 1900, confirmado, una vez más, por el reconocimiento de magisterios como los de Ortega y Unamuno.

Digamos, además porque es de justicia, que esta relación con el pensamiento de los ensayistas españoles no tuvo siempre un signo afirmativo. Victoria Ocampo, no obstante su devoción por las ideas de Ortega, jamás declinó su fervor por lo francés y lo anglosajón y Jorge Luis Borges, aunque admitió su admiración «En torno a Unamuno poeta» (1923) y por Quevedo, en *Inquisiciones* (1925) y de haber hecho su conocimiento personal de España, jamás ocultó su desinterés por las letras españolas y su franca descalificación de Ortega. En esta actitud había mucho de la vieja inquina criolla contra lo hispánico, que tan bien representa la posición de Leopoldo Lugones, cuando no la consecuencia de polémicas menores, como las que siempre mantuvo Borges con su cuñado, nada menos que Guillermo de Torre.

La guerra civil

En la caldeada atmósfera de la década del 30, la guerra civil española de 1936 vino a establecer un hito decisivo. La mayoría de los liberales y socialistas tomaron parte por la República, mientras que los conservadores y nacionalistas lo hacían por Franco, todo lo cual provocó una extraordinaria movilización intelectual de signo ideológico, que trajo una revisión de los juicios sobre la obra y la personalidad de los ensayistas españoles comprometidos por la guerra. No es exagerado decir que el conflicto provocó un auge entusiasta de lo hispánico y un ascenso del interés por las formas más sobresalientes de la literatura y el pensamiento españoles.

Tras la derrota, vino el exilio y llegaron a la Argentina figuras como las de Ricardo Baeza, Lorenzo Luzuriaga, Luis Jiménez de Asúa, Claudio Sánchez Albornoz, Francisco Ayala, Rafael Alberti, Arturo Serrano Plaja, Rafael Dieste, Lorenzo Varela, Arturo Cuadrado y muchas más. No nos detendremos, ahora, en este punto, que está siendo objeto, en la actualidad, de una investigación muy documentada, bajo la orientación, precisamente, de Emilia de Zuleta, a quien ya se deben trabajos decisivos sobre la materia, a los cuales nos remitimos.

La agitación ideológica en torno a los bandos en pugna, llevó a una relectura de los autores españoles de mayor influencia en la Argentina. Las actitudes de Azorín, Pérez de Ayala, Marañón, D'Ors, Baroja, Unamuno y Ortega, de adhesión a los revolucionarios o de ambigua reticencia, desilusionaron y enojaron a muchos de sus lectores argentinos. Hubo recriminaciones, polémicas y una explicable actitud de encono por parte de quienes ignoraban muchos aspectos de la realidad política española o que, en todo caso, mantenían una militancia política liberal o socialista.

La formidable labor editorial, periodística, académica y literaria de los exiliados, contribuyó a dar formas nuevas al pensamiento y a las letras argentinas. Desde revistas como la ya citada *Sur, Realidad, Correo Literario* y *Cabalgata* o diarios como *La Nación, La Vanguardia, Crítica, El Mundo* y *Noticias gráficas,* se difundían las ideas de esta nueva promoción de escritores españoles, en contraste o reafirmación de un pensamiento que ya se conocía en nuestro país pero que, ahora, tomaba aspectos distintos, en función de la situación política que se vivía. Ensayistas argentinos como Dardo Cúneo, por ejemplo, muestran en su obra de entonces una serie de temas y enfoques que acreditan esta aproximación a lo hispánico.

Si juristas como Sebastián Soler, Mario Justo López, José Peco o Rafael Bielsa, tenían familiaridad con el derecho hispánico y con el ensayismo ideológico que lo acompañaba, los estudios históricos de José Luis Romero, sobre todo los referentes a la Edad Media, recibían un impulso nuevo por obra de la actualización provocada por Sánchez Albornoz; del mismo modo que ocurrirá con las ideas pedagógicas de Lorenzo Luzuriaga, de vasta difusión en nuestro país y con la profunda y extensa influencia de Francisco Ayala en los estudios sociológicos.

La crítica de artes plásticas de Jorge Romero Brest, por ejemplo, también se benefició del ensayismo español que, en las revistas y diarios argentinos, reforzaba el interés por el arte de España, con libros de divulgación, a veces, como los que aparecían en la Colección «Oro», de la Editorial Atlántida y en la Editorial Poseidón, del catalán Joan Merli, se dieron a conocer una serie de críticos de arte argentinos, también renovados en sus perspectivas por esta lección española.

Nombres como los de los filósofos Joaquín Xirau, José Ferrater Mora y David García Bacca se incorporaban a la curiosidad de los filósofos, aun cuando en este sector y de acuerdo con lo ya dicho acerca de Francisco Romero, la primacía la siguiera teniendo Ortega, a pesar de las reticencias provocadas por su actitud política.

El hispanismo tradicional

Pero si bien se habla siempre de la influencia de los ensayistas liberales y socialistas españoles en la Argentina, poco se recuerda la importancia que tuvo la difusión del pensamiento tradicionalista, sobre todo a partir de Ramiro de Maeztu.

Comenzó, entonces, el desarrollo del pensamiento de Rodolfo y Julio Irazusta. El primero era un hombre de formación estrictamente hispánica y junto a Menéndez Pelayo, Ganivet y Maeztu tenía a Galdós como lectura y magisterio sobre la índole de los pueblos hispánicos. Su programa político estaba empapado del espíritu regeneracionista y el reclamo de una soberanía política plena correspondía a la exigencia de una personalidad propia, entendida al modo hispánico y vivida como estilo argentino. Pues para él, entre su raíz española y vasca y el acento criollo, no existían contradicciones ni enigmas.

Julio Irazusta compartió el mismo estilo de pensamiento y en su vasta obra de historiador y pensador propuso un programa intelectual cuyo carácter tenía un signo hispánico definido. Su defensa de la personalidad autónoma y de las libertades, su conciencia de la capacidad popular para vivir la república como sistema político, pensaba que tenía sus fundamentos en la tradición hispánica y son innumerables los trabajos que dedicó a temas, figuras e ideas españoles. Los Irazusta eran todo lo opuesto a un casticismo exagerado y Julio siempre quiso que su prosa, por ejemplo, estuviera desprovista de «tufo», como él llamaba a la imitación caricaturesca de lo español en que caían algunos escritores afines.

Otro historiador, ensayista político y crítico de ideas, fue Ernesto Palacio, que compartió la misma posición intelectual que los Irazusta y la difundió en una obra que tuvo, como uno de sus ejes, este reconocimiento de la filiación hispánica. En su ensayo «Los orígenes y el destino», de su libro *La historia falsificada* (1939), escribió esta afirmación que no requiere más explicaciones:

> Somos españoles; mejor dicho, somos la prolongación de España en el Río de la Plata, por la persistencia entre nosotros de los dos elementos diferenciales, constituyentes de la cultura, que son la religión y el idioma «...» No, nada de tutelas. Continuamos la historia de España aquí en América al mismo título que los habitantes de la península la suya; ella nos es común hasta que se bifurca por el trasplante. Pelayo está a la misma distancia de unos y de otros y tan nuestros como de ellos son la lengua y el romancero y los grandes capitanes de la Conquista. Tenemos una manera peculiar de ser españoles, que ha cambiado de nombre y se llama ser argentinos. Constituimos una rama autónoma y no inferior de la hispanidad, según la palabra reanimada por Ramiro de Maeztu. Y dónde se realizará mejor el destino de la raza, si aquí o allá, sólo el futuro puede decirlo.[14]

Otro testimonio del pensamiento de los ensayistas españoles de inspiración tradicional se produjo en *Sol y Luna* (1938-1943), dirigida por Juan Carlos Goyeneche, Mario Amadeo y José María de Estrada, con la colaboración de César Pico, Ignacio B. Anzoátegui y Alberto Espezel Berro, entre otros. Las ideas de este grupo respondían a una «hispanofiliación», como escribiera uno de ellos, con ensayistas, filósofos y escritores que recobraban uno de los aspectos más ricos de esta tradición: la literatura clásica y la filosofía escolástica de cuño español.

Mayor densidad y originalidad, sin embargo, se advirtió en la revista *Nueva Política*, dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo, con la colaboración de Máximo Etchecopar,

[14] *Ernesto Palacio, «Los orígenes y el destino». En su:* La historia falsificada. *Buenos Aires, Difusión, 1939, págs. 62-63. Sobre el nacionalismo: Enrique Zuleta Alvarez.* El Nacionalismo argentino. *Buenos Aires, La Bastilla, 1975, 2 tomos.*

Federico Ibarguren, Juan Pablo Oliver, Héctor Llambías, Héctor Sáenz y Quesada, Nimio de Anquín y Alberto Tedín. No volveremos sobre lo dicho acerca de estas figuras y sus revistas en nuestra obra, ya citada, *El nacionalismo argentino*, pero cabe que digamos algo para completar el desarrollo de nuestro tema.

En primer lugar, la aparición de Marcelo Sánchez Sorondo como escritor político. Formado estrictamente en la cultura hispánica, con una versación filosófica y literaria que permanecía fiel a dicha tradición, Sánchez Sorondo partía del pensamiento clásico, ahondaba en la lección del Siglo de Oro y se apoyaba en el ensayismo que, como vimos, desde Menéndez Pelayo a Maeztu, planteaba una teoría de la sociedad y la cultura de amplio signo universal. No le eran ajenos los autores modernos y si Cervantes suele acompañarle de día y de noche, también reconoce en Benito Pérez Galdós la mejor lección sobre el vivir hispánico en el marco de la historia moderna. Por sus viajes y lecturas conocía los ensayistas españoles de los años 30 y 40: Rafael Sánchez Mazas, Eugenio Montes y Pedro Laín Entralgo, entre otros.

Sobre categorías de cuño orteguiano acerca de las élites dirigentes, pero con una experiencia de la historia argentina, el pensamiento de Sánchez Sorondo pretendía, también, la restauración de valores políticos y espirituales, en el marco de una revolución política. Flexible y realista, se ha hecho cargo de los múltiples cambios de la vida argentina y su obra *La Argentina por dentro* (1987), representa lo que llamaríamos un realismo político hispanoamericano, volcado en una prosa trabajada, donde el sabor barroco confiere relieve al orden del pensamiento. Sin duda, es el mejor escritor político que produjo el nacionalismo argentino.

Esta promoción de intelectuales, además, se vincula con el tercer viaje de Ortega y Gasset a la Argentina, en 1939. La hostilidad de muchos que lo habían admirado otrora, y la indiferencia, cuando no la inquina de otros, aisló al filósofo español, quien, como compensación, recibió la amistad y el interés de los jóvenes cuyo perfil estamos trazando.

César Pico, por ejemplo, que había publicado en *Sol y Luna* un ensayo doctrinario: «Hacia la Hispanidad», era un ensayista filosófico de formación escolástica que fue seducido por el pensamiento orteguiano, a partir del cual trató de elaborar una teoría de la sociología que recogiera ambas vertientes. De allí proviene una serie de ensayos de gran interés especulativo, pero cuya apreciación global requiere una edición orgánica de dichos textos, aún no realizada, y un estudio condigno.

Junto a Ortega, no sólo como un amigo joven y comprensivo, sino como el autor de una obra que, desde las bases orteguianas, piensa la realidad social y humana de la Argentina, Máximo Etchecopar representa también esta promoción de intelectuales formados en la tradición de dicho ensayismo.

Obras como *Con mi generación* (1946), *Esquema de la Argentina* (1966) y *El fin del Nuevo Mundo* (1984), representan el intento de repensar la realidad política desde el punto de vista de las estructuras sociales, con reflexiones que siguen vigentes, más allá de los cambios estadísticos, por la agudeza y hondura con que las pensó su autor y la elegancia de su estilo literario.

Arraigo de la presencia hispánica

En la década de 1940 y al calor de la guerra civil, la discusión ideológica, la difusión de libros y autores y la presencia viva de las grandes figuras de la España contemporánea, fueron hechos que contribuyeron a la vigencia hispánica en la Argentina.

Recuérdese, por ejemplo, que huyendo de la guerra civil también llegó, entre los años 1937 y 1938, el filósofo Manuel García Morente, de gran prestigio entre quienes habían seguido la marcha del pensamiento hispánico. Venía Morente en plan de revisar su posición intelectual y aun religiosa —se ordenaría de sacerdote en 1940—, dictó cursos en Tucumán y Buenos Aires y de ellos surgieron las *Lecciones preliminares de filosofía* (1938), obra de significación extraordinaria en la maduración de los estudios argentinos, a los cuales contribuyó con la claridad de su exposición, por encima, desde luego, del objetivo introductorio que motivaron sus clases.

Durante las décadas de 1940 a 1960, el diálogo con España se hizo muy difícil, en razón de la discordia civil y de los prejuicios que distorsionaban ideas, figuras y actitudes. Por esa razón, permaneció en un confinamiento solitario en Buenos Aires, nada menos que el gran Ramón Gómez de la Serna, uno de los creadores más originales y vigorosos de las letras de nuestro tiempo. Pero hubo quienes, como de Torre, según ya dijimos, siguieron trabajando para mantener expedito «el puente» y gracias a esfuerzos que, finalmente, confluyeron, se fue derritiendo el hielo.

De la herencia de Ortega en España hay que destacar a quienes mantuvieron el interés y el cuidado por nuestro país. Pedro Laín Entralgo, por ejemplo, conoció la Argentina y meditó sobre los nuevos aspectos de su realidad. Pero obras suyas como *Las generaciones en la historia* (1945), fueron divulgadas en la Argentina y contribuyeron a que se conociera mejor el método histórico preconizado por Ortega.

También Julián Marías, cuya obra de ensayista y filósofo mereció una gran recepción entre nosotros, recogió esta lección de Ortega y su presencia ha sido constante, ya sea por sus viajes y conferencias, como por sus artículos y libros, en una actitud de comprensión y generosidad para nuestro país que debe agradecerse. Sobre todo, porque no olvidamos su solidaridad, casi solitaria, en la hora amarga de nuestra guerra y derrota frente a Gran Bretaña.

A partir de 1950, se llevó a cabo una política de intercambio y cooperación cultural entre España e Hispanoamérica. Planteada con liberalidad y respeto, sin exigencias ideológicas ni doctrinarias, abrió España a los universitarios y les permitió reencontrarse con la lección de su historia y lo mejor de su presente. Gracias a ella, fue posible un trasvase de promociones de estudiantes que vivieron en España una experiencia decisiva en ideas, paisajes y valores de toda índole.

Los resultados de esa relación cultural van más allá del conocimiento abstracto de ideas y libros, pero quizá sea demasiado prematuro extraer sus consecuencias, en orden a la configuración del pensamiento argentino.

También es interesante señalar la presencia de núcleos importantes de catedráticos españoles en universidades argentinas, desde donde se alimentó el conocimiento de lo hispánico. Alonso Zamora Vicente, en Buenos Aires, Antonio Tovar en Tucumán, Angel González Alvarez y Antonio Millán Puelles en Mendoza y muchos más que sería largo mencionar, contribuyeron a mantener vigente esta lección de una España universitaria, que se proyectaba sobre las humanidades pero también sobre técnicas y saberes de toda índole. Hay ejemplos, como el de la escuela de estilística literaria, que en España promovían Dámaso Alonso y la transformación renovadora de la Editorial Gredos, cuya acción configuró hasta hoy los estudios literarios argentinos.

De este modo, la proficua labor que los exiliados cumplieron en la enseñanza, la prensa, las editoriales y el arte —desde la música y la literatura hasta el teatro y el cine—, fundida con lo que los argentinos llevaban a cabo en una íntima hermandad de esfuerzos, se completó con el aporte de otra España, que no estaba tan lejos que no pudiera enviarnos su permanente mensaje de cultura.

Con el tiempo han cambiado los protagonistas. Han muerto las grandes figuras que promovieron la renovación ideológica en los comienzos del siglo XX. Tanto los que se quedaron en España como los que se fueron. En muchos aspectos no han surgido nombres que pudieran igualar la talla de aquéllos, fenómeno que, por otra parte, se repite en todas las latitudes. De este modo, si tuviéramos que referirnos a los nombres que mantienen su vigencia entre nosotros, no tendríamos más remedio que repetir los de Ortega y Unamuno.

Un excelente ensayo filosófico es, por ejemplo, *Los nombres de Unamuno* (1963), de Ezequiel de Olaso, pensado con fidelidad al mensaje unamuniano. Y un orteguiano de rigurosa y estricta observancia, Jaime Perriaux, fue capaz de construir el «geneámetro», sistema para clasificar *Las generaciones argentinas* (1970).

En la historia del gusto literario y de las modas del pensamiento, hay también ondas que suben y bajan. En la misma España se suele hablar hoy de lo poco que se leen aquellos grandes autores; nada tiene, pues, de extraño que algo análogo se pueda detectar en la Argentina. Pero guardémonos de emitir sanciones definitivas, que corresponden a un futuro ignoto. En la España contemporánea hay hombres e ideas, autores y libros, cuyo conocimiento sigue operando entre nosotros, en un proceso de asimilación y comprensión cuyos perfiles todavía no podemos advertir. Un ejemplo es la edición y difusión entre nosotros, de los libros, originales y renovadores, de Gonzalo Fernández de la Mora. Cabe suponer, pues, que estamos ante el desarrollo de otro capítulo de esta relación entre el pensamiento de los ensayistas españoles y las ideas argentinas.

Conclusión

Advertimos que apenas nos hemos internado en ese inmenso mar de ideas y sentimientos, autores y libros. Hemos trazado líneas gruesas, tanto como para avanzar

hacia una tarea que requiere largos esfuerzos. Pensemos en el ejemplo de la poesía. El catamarqueño Juan Alfonso Carrizo, hace muchos años, se asomó al océano de las coplas y romances y volvió del viaje con un tesoro que nos ha enriquecido para siempre. Lo mismo podría hacerse en otras formas poéticas y en la narrativa. Honda es la huella hispánica y, sobre todo en la literatura que capta hombres y paisajes provincianos, la lección de España es compleja y muy rica. Hay una literatura y un pensamiento elaborado desde las regiones, que guarda celosamente en sus entrañas la semilla hispánica, casi pura e intacta. Nombres como el del salteño Juan Carlos Dávalos, el tucumano Juan B. Terán o el cordobés Saúl Taborda, por ejemplo, tendrían que ser convocados para este examen que proponemos. Estampas en prosa como la del santiagueño Orestes Di Lullo, el sanjuaniano Antonio de la Torre o el mendocino Alfredo Bufano sólo han podido ser elaboradas a la sombra de los ensayos de Azorín.

Pero nos detenemos al llegar a esta ribera de la obra intelectual. Somos herederos de un legado incomparable por su singularidad en la especulación y en el arte, por la honestidad y pureza del mensaje espiritual, por la tenacidad con que ha reivindicado la libertad y el derecho a la justicia, y por la valentía con que ese pensamiento ha desafiado a los poderes que, tantas veces, han intentado rebajar el nivel de la humanidad hispánica. De allí venimos y será nuestro deber honroso continuar esa tradición, en cuya fidelidad reposa la capacidad para la obra original y creadora.

Enrique Zuleta Alvarez